

HENRY A. KISSINGER

DIPLOMACIA

**PSICOANÁLISIS DE LA CONCIENCIA ESTRATEGICA
NORTEAMERICANA**

Por JOSÉ M^a. PARDO DE SANTAYANA GÓMEZ DE OLEA

KISSINGER, Henry A. Diplomacy (1994), Macmillan Publishers, Nueva Zelanda. 1ª Edición en español, Diplomacia, enero 1996, Ediciones B, S.A., Barcelona, 31 capítulos, 963 pag.s.

Henry Alfred Kissinger nació el 27 de mayo de 1923 en Fürth, Alemania, en el seno de una familia judía de clase media. Las huellas que dejó la represión antisemita han marcado su personalidad. Uno de los elementos clave, que se percibe en toda su obra, es el temor a cualquier revolución y la aversión profunda a las ideologías. Cuando tenía quince años, en 1938, su familia emigró a los Estados Unidos y en 1943 H. Kissinger se naturalizó como ciudadano de dicho país. Sirvió en el ejército desde 1943 hasta 1946. En 1950 se graduó *summa cum laude* en relaciones internacionales en el Harvard College y fue profesor de la Universidad de Harvard desde 1954 y catedrático desde 1962 a 1969. En 1969 inició una brillante carrera política como asesor especial del Presidente Nixon para Asuntos de Seguridad Nacional. En 1973, el mismo Nixon le nombró secretario de Estado, cargo que ocupó hasta 1977.

Autor prolífico y muy influyente en todo el mundo, es premio Nobel de la Paz 1973, Medalla Presidencial de la Libertad 1977 (la más alta condecoración).

ración civil que se concede en EEUU) y Medalla de la Libertad 1986. Entre sus obras destaca «Nuclear Weapons and Foreign Policy» (1957) que fue bestseller durante catorce semanas y con el que ganó el premio Woodrow Wilson. Esta obra fue libro de texto de política nuclear y encumbró al autor como autoridad en estrategia norteamericana. En otra obra posterior «The Necessity for Choice» (1961) Kissinger limitaba el concepto de respuesta flexible al campo de las armas convencionales. «A World Restored» (1964) recoge su tesis doctoral y presenta una analogía entre la década del Congreso de Viena (1812 a 1822) y el período posterior a la 2ª Guerra Mundial. Las conclusiones que extrajo del modelo de equilibrio de poder entre las cinco potencias europeas postnapoleónicas determinarán en gran medida su concepción internacional. En «Troubled Partnership» (1965) procedió a revisar cuestiones de la Alianza Atlántica. Los tres ensayos recopilados en «American Foreign Policy» (1969) analizan la cuestión del liderazgo y la sociedad internacional.

Tras su paso por la Casa Blanca escribió el primer volumen de sus memorias «White House Years» (1979) que constituye una exposición pormenorizada de sus creencias y un repaso a las negociaciones que dirigió como asesor presidencial. En su obra «For the Record» (1981) el autor recopila los principales artículos de prensa y textos de conferencias que había escrito con anterioridad. La segunda parte de sus memorias «Years of Apheaval» (1982) recoge sus experiencias como Secretario de Estado.

En el doctor Kissinger se manifiesta, quizás en mayor medida que cualquier otro pensador estratégico norteamericano, la simbiosis entre el teórico y el estadista, con la característica relevante de que su actuación práctica es una clara proyección de su concepción teórica internacional. A Kissinger hay que situarle en la línea de pensamiento del realismo político norteamericano que busca en la historia las bases de su interpretación de la realidad internacional. Las relaciones de poder y los intereses nacionales son para él los elementos esenciales que han de definir el escenario geopolítico donde se desarrolla la dialéctica estratégica y donde la diplomacia encuentra su campo de acción.

En su libro «DIPLOMACIA» - podría decirse que el más importante de los que ha escrito - Kissinger no solo recoge todo su pensamiento estratégico y su gran sentido crítico sino que además define con admirable claridad la línea de acción que propone para los EEUU en el momento crucial del fin de la Guerra Fría y de un orden mundial abierto a innumerables interro-

gantes. La obra está dirigida a personas iniciadas en el estudio de la estrategia y las relaciones internacionales, y requiere un conocimiento previo de la historia política del siglo XX.

Toda la obra está impregnada de la naturaleza dialéctica de la estrategia. Presenta a las sociedades frente a sus identidades, temores y aspiraciones en el laberinto de la psicología colectiva para poder explicar las causas que han llevado a la toma de decisiones en el máximo nivel político. En el cuerpo principal del libro aborda el juego estratégico de las dos superpotencias en el amplio contexto de la Guerra Fría.

Uno de los aspectos más interesantes es el conocimiento de los líderes mundiales a través de los retratos íntimos de gran profundidad psicológica que el autor prodiga en toda la obra. Su enorme bagaje intelectual y el conocimiento personal permiten a Kissinger acercar al lector las personalidades e idearios estratégicos de hombres como De Gaulle, Zhou Enlai, Mao Zedong, Gorbachov y otros muchos. Destacan especialmente la admiración que muestra por la inteligencia y comprensión de las relaciones internacionales del presidente Nixon y el profundo conocimiento de la nación norteamericana y el agudo instinto estratégico de Reagan.

Su obra es un dialogo permanente entre dos modos de entender las relaciones internacionales, el europeo y el norteamericano. El modelo europeo está caracterizado por la búsqueda del equilibrio de poder y la interpretación geopolítica de la realidad internacional; las guerras son la consecuencia de la ruptura de dicho equilibrio y, a su vez, un modo de recuperarlo. El punto de partida de su análisis histórico se encuentra, por lo tanto, en el primer modelo moderno de equilibrio de poder en Europa: el diseñado por el Cardenal Richelieu.

«Lo que los historiadores describen hoy como el sistema europeo de equilibrio del poder surgió en el siglo XVII del derrumbe final de la aspiración medieval a la universalidad, concepto del orden mundial que representaba la fusión de las tradiciones del Imperio romano y de la Iglesia católica. Se creía que el mundo era como un espejo de los cielos: así como un Dios gobernaba el Cielo un emperador gobernaría el mundo secular, y un papa, la Iglesia universal».

El orden medieval del Imperio germánico dejaba a Francia relegado al papel de Estado periférico en relación con su gran vecino del este. A principios del siglo XVII la Reforma había llevado la aspiración unitaria imperial hasta una situación crítica.

«Vacilante ya el concepto de unidad, los nuevos Estados de Europa necesitaron algún principio que justificara su herejía y regulara sus relaciones, y lo encontraron en los conceptos de raison d'état y de equilibrio del poder.... La formulación primera y más general de este nuevo enfoque llegó de Francia».

Kissinger considera que Europa no ha elegido el modelo de equilibrio de poder como medio para regular sus relaciones, dominadas por una belicidad innata o por un amor a la intriga. Y si la insistencia en la democracia y en el derecho internacional fue producto del sentido norteamericano de la seguridad, la diplomacia europea se forjó en la escuela de los duros golpes.

Para el autor es esencial comprender de que modo el concepto de equilibrio de poder, asociado a una visión geopolítica de las relaciones internacionales, produce rechazo en la mentalidad idealista norteamericana.

«Siempre que los norteamericanos han reflexionado sobre la política exterior han llegado a la conclusión de que las congostas de Europa han sido causadas por el sistema de equilibrios de poder».

Frente a la visión realista, maquiavélica, de las relaciones internacionales el autor describe una visión estadounidense claramente diferenciada que se explica desde su propia experiencia histórica. Así, la excepcionalidad norteamericana, el sentimiento de pertenecer a una nación de rango ético superior y la convicción apasionada de que sus propios valores han de tener aplicación universal, nace del hecho de que ninguna otra república fue creada conscientemente para encarnar la idea de libertad.

«Las singularidades que los EEUU se han atribuido durante toda su historia han dado origen a dos actitudes contradictorias hacia la política exterior. La primera es que la mejor forma en que los Estados Unidos sirven a sus valores es perfeccionando la democracia del propio país, actuando así como faro para el resto de la humanidad; la segunda, que los valores de la nación le imponen la obligación de defenderlos en todo el mundo, como si de una cruzada se tratara».

Ambos enfoques el aislacionista y el misionero, tan contradictorios en apariencia, reflejan una creencia común subyacente: la supremacía incuestionable de los valores propios que se derivan de la democracia, el libre gobierno y el derecho internacional. Sin embargo, desde el fin de la 2ª Guerra Mundial han dominado las realidades de la interdependencia que han obligado a los Estados Unidos a afrontar situaciones contradictorias.

A partir del capítulo quince, Kissinger trata la última reincorporación de los Estados Unidos al gran escenario internacional de la mano del presidente

Franklin Delano Roosevelt. Tras la derrota alemana en Stalingrado, los jefes aliados, Churchill, Roosevelt y Stalin, pudieron empezar a pensar en la victoria y en la futura configuración del mundo; cada uno según su propia experiencia histórica:

«Churchill deseaba reconstruir el tradicional equilibrio de poder en Europa, lo que significaba rehacer Gran Bretaña, Francia y hasta la vencida Alemania para que, junto con los Estados Unidos, estos países pudieran servir de contrapeso al coloso soviético del Este. Roosevelt pensaba en un orden de posguerra en que los tres vencedores, junto con China, actuarían como un consejo de dirección mundial, imponiendo la paz contra cualquier potencial malhechor,.... El enfoque de Stalin reflejó su ideología comunista y, a la vez, la tradicional política exterior rusa. se esforzó por capitalizar la victoria de su país extendiendo la influencia rusa por Europa central».

El modelo de Roosevelt, que era conocido como «el de los Cuatro Policías», no pudo aplicarse porque había una profunda brecha ideológica entre los vencedores y porque Stalin una vez liberado de la amenaza alemana, no tuvo ningún problema en favorecer los intereses ideológicos y políticos soviéticos, aun al precio de una confrontación con sus antiguos aliados. Para Stalin en la consecución de los últimos objetivos del Estado soviético tan enemigos eran Alemania como Gran Bretaña o los Estados Unidos, ideológicamente todos ellos eran modelos políticos contrarios a los fines de la revolución. Las alianzas y pactos respondían exclusivamente a necesidades temporales dentro del frío juego geopolítico, mediante el cual la Unión Soviética habría de alcanzar la supremacía y la victoria final del comunismo.

Churchill había comprendido desde el principio los designios estratégicos de Stalin y proponía una posición de resistencia a las pretensiones del dictador soviético. En los Estados Unidos, sin embargo, hasta el despertar de la ilusión de un entendimiento posible con la URSS que supuso la política de contención, la posición del líder occidental europeo se veía con la tradicional desconfianza.

«La idea de que el jefe del Kremlin era, en lo más hondo de su corazón, un hombre moderado y pacifista, necesitado de ayuda para superar a sus intransigentes colegas, siguió siendo un elemento constante de los estudios norteamericanos, cualquiera que fuese el dirigente soviético en el poder. En realidad, estas evaluaciones sobrevivieron hasta el período poscomunista, cuando fueron aplicadas primero a Mijaíl Gorbachov y luego a Boris Yeltsin».

A lo largo de los siguientes quince capítulos, Kissinger explica los avatares estratégicos de la Guerra Fría junto con una profusión de minuciosas y originales observaciones sobre las negociaciones secretas, los detalles técnicos y las reacciones de los líderes que dan una visión completa y muy humana de aquellas transcendentales décadas.

Cuando la posición internacional norteamericana se hallaba en un profundo pozo, el comunismo empezó a descomponerse. En cierto momento, a comienzos de los años ochenta, pareció como si el impulso comunista pudiera arrollarlo todo. Como los gobernantes británicos Palmerston y Disraeli en el siglo XIX, también los líderes norteamericanos veían a Rusia avanzar por doquier.

«Jruschov y sus sucesores llegaron a la conclusión de que podían superar la labor realizada por el tirano. En lugar de dividir al mundo capitalista, que fue la estrategia básica de Stalin, ellos se proponían derrotarlo gracias a los ultimatus de Berlín, los misiles de Cuba y su aventurismo por todo el mundo en desarrollo. Sin embargo, ese esfuerzo rebasó tanto la capacidad soviética que el estancamiento se convirtió en desplome».

Gorbachov, encumbrado gracias a las brutales luchas de la jerarquía comunista, estaba decidido a revitalizar la ideología soviética, que consideraba superior. Reagan y Gorbachov cada uno por su parte, creían en la victoria final de su propio bando. No obstante, había una diferencia abismal entre estos dos inesperados colaboradores: Reagan comprendía bien los profundos sentimientos de su sociedad, mientras que Gorbachov había perdido todo contacto con la suya.

La actuación de Reagan fue asombrosa y, para los observadores académicos, poco menos que incomprensible. Reagan casi no sabía nada de historia, y lo poco que sabía lo adaptó en favor de sus bien arraigados prejuicios. Además, los detalles de política exterior le aburrían.

«Un presidente con el más pobre currículum académico aplicaría una política exterior de extraordinaria congruencia y oportunidad. Es posible que Reagan sólo tuviese unas cuantas ideas básicas, pero éstas resultaron ser las cuestiones centrales de la política exterior de su época, lo que demuestra que los principales ingredientes del liderazgo son el sentido de la dirección y la fuerza de las propias convicciones».

Reagan rechazó el complejo de culpa que identificó con el gobierno de Carter, de este modo, pasó por encima de la tradicional prudencia diplomática, y simplificó las virtudes norteamericanas en busca de la autopromo-

clamada misión para convencer al pueblo norteamericano de que el conflicto ideológico entre el Este y el Oeste era importante. Esto supuso inevitablemente el fin definitivo del período de *détente*. Reagan estaba resuelto a convencer al Kremlin de los riesgos del expansionismo continuado y no buscaba un acercamiento gradual, sino un resultado final: una contraofensiva victoriosa.

«Por una vez, la fe de las democracias no resultó tan ilusoria».

La teoría de la contención de Kennan había quedado confirmado por los acontecimientos. Kissinger afirma que nadie había predicho con tanta precisión el modo como finalmente la URSS había sido derrotada.

En el último capítulo, Reconsideración del nuevo orden mundial, el autor afirma que el fin de la Guerra Fría había originado una tentación aún mayor de remodelar el entorno internacional a imagen y semejanza de la democracia norteamericana. Es evidente que los Estados Unidos han quedado como la única superpotencia con suficiente capacidad para intervenir en cualquier parte del mundo. Sin embargo, el poder se ha vuelto más difuso y han disminuido los asuntos a los que puede aplicarse la fuerza militar. La victoria de la Guerra Fría ha lanzado a los Estados Unidos a un mundo semejante al sistema de Estados europeos de los siglos XVIII y XIX, y con prácticas que los estadistas y pensadores norteamericanos constantemente cuestionaron. La inexistencia de una amenaza ideológica o estratégica deja libres a las naciones para seguir una política exterior basada cada vez más en su interés nacional inmediato.

«El desplome del comunismo soviético fue la confirmación intelectual de los ideales norteamericanos, e irónicamente puso a los Estados Unidos ante el tipo de mundo del que había estado tratando de escapar a lo largo de su historia.... Por primera vez los Estados Unidos no pueden retirarse del mundo ni dominarlo».

En este mundo posterior a la Guerra Fría Kissinger propone la necesidad de que el idealismo norteamericano sea moderado por el análisis geopolítico para abrirse paso por el tortuoso camino de las nuevas complejidades. A los norteamericanos nunca les ha gustado reconocer abiertamente sus intereses egoístas. Ya fuera luchando en guerras mundiales, o en conflictos locales, sus gobernantes siempre afirmaron que estaban combatiendo en nombre de principios y no de intereses. El autor insiste que a pesar de ello:

«La guía esencial para la política de los estados Unidos deberá ser una clara definición del interés nacional».

Kissinger fiel a sus más profundas convicciones teóricas recuerda que el sistema internacional que más tiempo duró sin una gran guerra fue el que siguió al Congreso de Viena. Combinó la legitimidad y el equilibrio, los valores compartidos y la diplomacia del equilibrio del poder. Unos valores comunes redujeron las demandas de las naciones, mientras el equilibrio limitaba la capacidad de insistir en ellas.

«En el siglo XX, los Estados Unidos han intentado dos veces crear un orden mundial basado casi exclusivamente en sus propios valores. esto representa un esfuerzo heroico, al que se puede atribuir mucho de lo bueno que hay en el mundo contemporáneo. Pero el wilsonismo no puede ser la única base para la época posterior a la Guerra fría».